
ENTREVISTA:

ERNESTO SABATO HABLA SOBRE ERNESTO SABATO

Por
Roberto Burgos
Eligio García Márquez

El 21 de febrero de 1984, el escritor argentino Ernesto Sábato visitó la Universidad Nacional. En el Auditorio León de Greiff, concedió una entrevista pública a

Roberto Burgos y Eligio García Márquez, cuyo texto publicamos en esta entrega. El trabajo de transcripción de la cinta fonográfica estuvo a cargo de Tomás Vásquez.

RUBEN SIERRA MEJIA

Debo presentar en nombre del rector de la Universidad Nacional, doctor Fernando Sánchez Torres, el saludo de bienvenida a Ernesto Sábato. Creo expresar el sentimiento de todos nosotros si digo que la visita de Sábato a nuestros claustros debemos considerarla una fiesta del espíritu. La suerte de la institución universitaria y su función dentro de la sociedad no ha sido extraña a sus preocupaciones intelectuales. Como defensor sin descanso de la democracia y de la libertad, escribió en un momento de crisis de la sociedad argentina: "LA UNIVERSIDAD, así con mayúscula, debería ser el lugar en el que los maestros y discípulos, humilde pero tenazmente, luchan por acrecentar esa cultura que nace de la libertad y engendra más libertad. Un lugar en el que, con sentido crítico, pero con reverencia, pueda aprenderse y enseñarse el pensamiento de los filósofos más opuestos: racionalistas e irracionalistas, liberales y conservadores, ateos y creyentes, partidarios del socialismo y defensores del capitalismo. Si ese postulado esencial no se cumple, esa institución podrá ser cualquier cosa pero jamás será lo que honrada y exactamente puede y debe llamarse universidad".

Conocemos a Ernesto Sábato fundamentalmente como novelista. Pertenece, con

categoría de los mejores, al grupo de escritores que en ese género ha irrumpido con estruendo, pero también con dignidad, en la literatura occidental del siglo XX. Vargas Llosa llama "novela de creación" a la novela reciente latinoamericana y podríamos decir que característica de esta creación ha sido la autoconsciencia de que hacen gala los novelistas de nuestro continente. Es una autoconsciencia que se expresa en la constante y penetrante reflexión sobre su oficio habitual, y sobre sus fantasmas podría decir el lector de Sábato. El escritor argentino es quizá quien con más agudeza ha apuntado sobre la naturaleza de la novela; agreguemos que esa autoconsciencia es la que le ha dado la mayoría de edad que indudablemente posee la novela latinoamericana de hoy. En un texto de EL ESCRITOR Y SUS FANTASMAS dice Sábato: "Dada la naturaleza del hombre, una autobiografía es indudablemente mentirosa y sólo con máscaras, en el carnaval o en la literatura, los hombres se atreven a decir sus tremendas verdades últimas". Toda su obra, novelas y ensayos, tiene el propósito de develar esas verdades.

Sábato es un escritor que no ha descuidado su responsabilidad social en defensa de la libertad, que ha hablado siempre sin el temor a equivocarse, aunque sus

opiniones puedan tener un mal uso por parte de los profesionales de la tergiversación. Pero es un compromiso que no afecta el valor estético de su obra.

Su formación universitaria fue en física. La soberbia y el dogmatismo de quienes hablan en nombre de las verdades científicas lo alejó de su primera ocupación intelectual para acercarlo al saber y creación literarios en los que se había iniciado con Pedro Henríquez Ureña, el sabio humanista de quien este año celebramos su centenario de nacimiento. La ciencia, sin embargo, la conserva como una de las materias más maleables para el juego literario y para el goce de la ironía. Para regocijo de todos nosotros quiero recordar un brevísimo texto de su primera obra, UNO Y EL UNIVERSO. Después de su lectura, entraremos en el anhelado diálogo con Sábato. Dice el texto anunciado: "El doctor Lighfoot, vicerrector de la Universidad de Cambridge, mediante un cuidadoso estudio del Génesis, encontró que el hombre fue creado el 23 de octubre del 4004 antes de C., a las nueve de la mañana".

ERNESTO SABATO

Bueno muchachos. Yo no voy a dar una conferencia porque no sirvo para confe-

rencias. No he ido nunca a conferencias, muchas veces tampoco a las mías. Voy a dialogar con dos muchachos que conocí hace ya quince años en Colombia, cuando vine como presidente del Festival de Manizales. Estos dos muchachos, que están a mis costados, son Eligio García Márquez y Roberto Burgos. Dos muchachos que yo aprecio grandísimamente por su talento y por su fidelidad a los grandes postulados, no solamente literarios, sino los grandes postulados que defienden la dignidad del hombre. Y les he pedido un gran favor, porque me asustaba venir a una conferencia. Les he pedido que hicieran lo siguiente: que ellos me preguntaran —ellos conocen muy bien mi obra, conocen bien mi pensamiento—, me preguntaran, fueran en cierto modo los portavoces de todos ustedes. Son dos jóvenes. Pueden preguntar por ustedes. No podrían preguntar todos ustedes porque esto sería un caos, pero estoy seguro que van a ser fieles representantes de las ideas, de las inquietudes que tienen ustedes. No sé qué preguntas me van a hacer.

Pero antes que me hagan esas preguntas que seguramente tienen ya imaginadas, quiero decir algo que es previo a todo hecho de cultura en el mundo y muy especialmente en América Latina. La cultura, ya lo decía con otras palabras don Pedro Henríquez Ureña, maestro puertorriqueño que llegó a la Argentina para enseñar; uno de los grandes humanistas que ha producido América Latina; mezcla de blanco, de negro y de indio; un espíritu maravilloso; justo, sabio; un hombre que decía que si realmente América, la América Latina —para él América era América Latina—, si esta tierra no había nacido para ser la tierra donde todos los hombres del mundo pudieran encontrar la justicia y la libertad, no tendría significado este Nuevo Continente. Y él siempre nos decía que la cultura, en el aire, no servía si no estaba asentada sobre los grandes principios que hacen a la dignidad del hombre. En otras palabras, para decirlo en términos más sencillos, no podemos hablar de cultura sin referirnos al destino de esta América Latina nuestra. Mientras haya un solo niño, mientras haya un solo chiquito —y hay millones— que se muera de hambre en la tierra nuestra, no podemos tener la conciencia tranquila; no podemos dedicarnos, como si no existiera ese gravísimo problema espiritual y moral, no podemos dedicarnos a los altos problemas de la cultura.

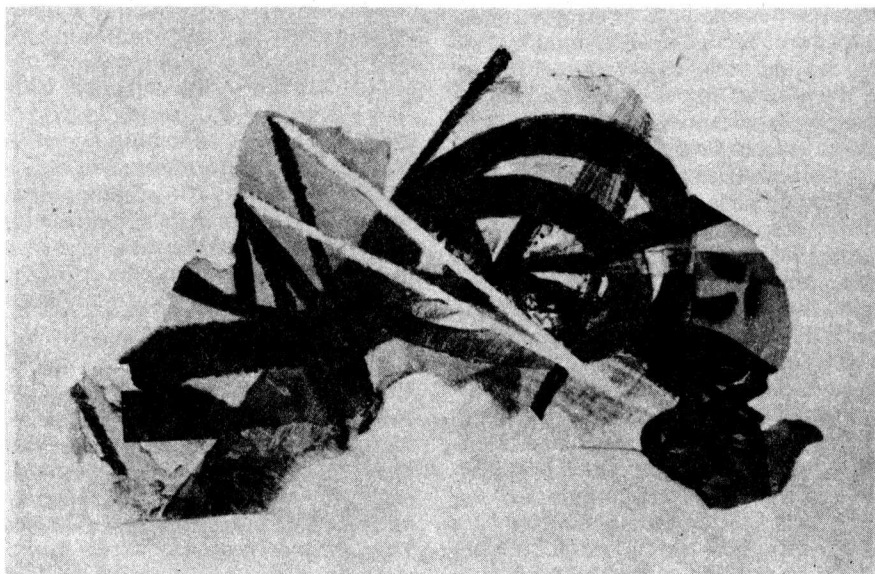
Queremos la libertad y la justicia. Queremos tener un continente libre de la tutela y la explotación de los grandes paí-

ses que han vivido a costa de la miseria, del hambre y de la esclavitud de nuestra tierra. Y otra cosa más quiero decirles. Yo me siento acá como en mi patria. Es decir, creo que todo latinoamericano tiene que sentirse en cualquier lugar del continente —desde que es un continente nuestro—, en su tierra. Lo que fue en la época de la independencia una especie de utopía delirante, ahora es una perentoria necesidad. Cuando Bolívar hablaba de la necesidad de la confederación latinoamericana, pocos creyeron eso. Bolívar mismo dijo amargamente antes de morir: “he arado en el mar”. Ahora creo que el al-

mo. Discrepo, a lo mejor, con lo que he dicho hace 20 años, 40 años. Tenemos que saber discrepar. Tenemos que saber aceptar las ideas de los demás. Vamos a construir nuestra América Latina sobre la base de la libertad y sobre la base de la cooperación y sobre la base de estos grandes principios que son la libertad y justicia social. Ahora vamos a responder las preguntas.

ELIGIO GARCIA MARQUEZ

Nosotros habíamos elaborado una especie de plan para conversar con Sábado, pero, por supuesto, con él no se pueden ela-



Yolanda Espitia. “Composición” dibujo. Papel/desecho. 60 × 90 cms. 1985

ma de Bolívar podría quedarse tranquila. Ahora hemos empezado la era de la unidad latinoamericana. Esta unidad la vamos a hacer no solamente en lo cultural, en lo económico, en lo político, en lo técnico. Tenemos que constituir la Patria Grande. Si no lo hacemos, vamos a ser pasto de los apetitos de las potencias, a cuya fuerza hay que oponer la de nuestro continente unido. Nuestra confederación latinoamericana ya deja de ser una retórica de cancillería, es el resultado del grito unánime de todos los hombres, mujeres y muchachos de nuestro continente. Por eso estoy aquí entre compatriotas latinoamericanos y siento una profunda emoción de estar sobre todo con ustedes los muchachos. No importa si discrepamos de pronto, no importa. Eso es fundamental. Yo discrepo conmigo mis-

borar planes. Yo creo que después de lo que él nos ha dicho, es natural que comencemos por el final, un poco, de lo que nosotros habíamos planeado.

Usted, como escritor, como intelectual, ¿qué papel ha desempeñado en esa unión de América Latina? Usted es testigo, un poco, de este continente.

Bueno, mira. Yo desde que era un muchacho luché por estos ideales que acabo de anunciar y voy a luchar hasta mi muerte por esos ideales. De muchacho, todavía en el Colegio Nacional, recuerdo las manifestaciones en que participé, y a veces fui golpeado, en la ciudad de La Plata, ciudad en que vivían muchos millones de latinoamericanos, muchos colombianos también. Desde la época en que hacíamos manifestaciones por Sacco y

Vanzetti, que hacíamos manifestaciones por Sandino. El hombre que luchó heroicamente durante tantos años contra una dictadura funesta y sangrienta, apuntada por Estados Unidos. Desde aquel tiempo hasta hoy, he seguido con esperanza, con angustia, a veces con felicidad, otras veces en años sombríos para mi Patria, en años de dictadura. He seguido siempre ese camino que creo que es el camino de todos nosotros.

En cuanto a la obra, el escritor de ficciones tiene dos caras, por decirlo así. Dos manifestaciones, mejor. Una, como ciudadano, es la del compromiso con esta realidad perentoria y a veces trágica de América Latina. Un compromiso que no puede ni debe eludirse. El otro, como indagador de la condición del hombre. Como indagador del fondo que constituye el alma de las naciones y el alma de su propia existencia y de la de los hombres que lo rodean. Tiene el deber de decir, de expresar con coraje, con autenticidad, la verdad profunda no solamente de su conciencia sino de su inconsciencia. Los trágicos griegos escribieron tragedias terribles. Pero Jaspers, el gran filósofo alemán, dijo que los trágicos griegos no a pesar de haber escrito tragedias terribles sino precisamente por eso, fueron los educadores de su pueblo. Si un escritor es grande, si cualquiera de nosotros, hasta el más modesto, pretende ser un escritor en serio, tiene que hacer una indagación de las tinieblas que, paradójicamente, sirve para la salvación del hombre.

ROBERTO BURGOS:

De alguna manera, lo que Ernesto Sábato acaba de decir tiene que ver con la concepción muy divulgada, como lo dijo el profesor Sierra, que él ha continuado de una tradición latinoamericana de reflexión sobre la obra literaria misma. Esto que acaba de decir tiene que ver con el papel fundamental que él le confiere al artista, al artista en su tiempo. Ya con este esquema general, queríamos preguntarle a Ernesto Sábato —viene de un país que ha sufrido un arduo, opresivo proceso social. Por todos es conocido que Sábato fue de los poquísimos escritores que no aceptó salir de su país y afrontó las consecuencias de la represión y de la dictadura—. A usted como escritor Sábato, ¿qué le deja esta experiencia concreta, cómo la vivió?

Bueno, sí, fue una experiencia muy dura, muy dolorosa. Personalmente yo y las personas que me rodearon, mi familia, pasamos momentos de tremenda angustia. Hemos soportado el peligro de vivir

en medio de la tempestad, denunciando los crímenes que se estaban cometiendo. Hemos sufrido amenazas de muerte muchas veces. Muchas veces mi familia estuvo realmente en peligro sin saber qué era lo que nos iba a tocar, pero mi pensamiento era así: Yo creo que el escritor se debe a su pueblo no solamente en los buenos momentos sino, y sobre todo, en los malos. Los hombres que de alguna manera somos representativos por la tarea que estamos haciendo, somos públicos, somos un poco como los oficiales de un barco en quienes la gente pone su confianza y en momentos de peligro a ésta le parece que sus oficiales no deben abandonar su barco y la gente confía en ellos. Un escritor, en mi opinión, en lo humanamente posible, hasta donde sean los límites de su resistencia, tiene que permanecer junto a su pueblo. Había 27 millones de argentinos que no podían irse del país; 27 millones de hombres, de mujeres y de muchachos que estaban expuestos todos los días a los peligros más espantosos. Pienso que de mi parte hubiera sido ignominioso que me alejase de mi pueblo. Yo tenía posibilidades de ir a muchos países europeos o latinoamericanos, pero preferí quedarme.

ELIGIO:

Pero ese drama de estar allá viviendo, sabiendo que gente desaparecía, que mataban a otros, ¿cómo lo vivió usted día a día? ¿Nunca pensó que lo iban a despertar a las 3 de la mañana para llevárselo a usted?

Sí, Eligio. ¿Cómo no voy a pensar en esto? Noches enteras nos pasamos en vela sudando frío. Esa es la pura verdad. Todos nosotros, todos, todo ser humano tiene temor. Hemos pasado noches muy atroces. Otras veces hemos tenido que irnos de casa porque nos decían que estábamos en la mira. Hemos ido a casas desconocidas, al campo. Otras veces dormíamos abajo de la casa porque temíamos que nos pusieran una bomba. El sufrimiento ha sido muy grande. No solamente por mí, a mí eso me importa relativamente menos. Me importaba por las personas que me rodeaban, por mi mujer, por mis hijos. Esto fue muy difícil, muy difícil. Los años 76, 77 y 78 sobre todo. Cuando yo publiqué en el 76, a fines del 76, en pleno terror, publiqué mi ensayo "Nuestro tiempo del desprecio", desde donde denunciaba la caza de brujas, las persecuciones, las torturas. Luego he publicado una cantidad de veces, durante estos años, declaraciones, denuncias; he recibido en mi casa a padres y madres que

venían llorando para hablarme del secuestro de sus hijos desaparecidos, secuestros que ahora sabemos lo que significaban. Significaban torturas y casi siempre muerte. De manera que ha sido una época muy, muy difícil y yo creo que hemos envejecido mucho en estos años. Ha sido muy terrible y, a veces, casi insoportable.

ROBERTO:

Esta terrible realidad de oprobio que Sábato nos describe o realidad del desprecio, como él mismo la ha llamado, ¿cómo se relaciona, cómo se entronca con su oficio de escritor? Decía Sábato en una reciente entrevista, hablando acerca de la labor de la Comisión que él preside, y es reconocido el humor negro de Sábato, que dos personajes empleados de la morgue de Córdoba, han mandado una carta a Videla diciéndole que por favor les aumentase el sueldo porque el trabajo se había incrementado. Esta observación de detalle es típica de un escritor, aunque Sábato también le ha dicho al periodista: "yo como investigador, demuestro con esto que Videla no es inocente". Pero ahí está el escritor. Toda esta realidad en usted Sábato, que es reconocido como un buceador de absolutos, ¿qué sentido tiene?

Bueno, la labor de la Comisión es una labor muy ardua, muy difícil y muy dolorosa. Nosotros en dos meses, un poco más, hemos recibido ya alrededor de 2.000 denuncias y testimonios. Testimonios terriblemente dolorosos, algunos que no podría casi repetir aquí por lo tremendos. Nosotros estamos empeñados en el esclarecimiento final de esta terrible tragedia vivida por mi patria. Tenemos un plazo de seis meses, que no sé si va a ser suficiente, para esclarecer este problema de los desaparecidos. Nosotros recibimos las denuncias, las analizamos y las clasificamos en determinados grupos que apuntan a determinados represores. Si vemos, por ejemplo, que hay 50 denuncias que apuntan en la dirección del General Camps, todo eso lo agrupamos y lo mandamos a la justicia federal. Nosotros no podemos juzgar, desde luego. En la democracia juzga la democracia, juzga la justicia. Pero podemos además de hacer esta tarea, investigar así como cuando estuvimos en la morgue de Córdoba. Hemos estado en los regimientos, hemos estado en diferentes lugares, tenemos la autoridad absoluta para entrar en cualquier parte civil o militar del país. Además de todo esto, nuestra misión consiste en producir un informe final, al cabo de los seis meses o de los meses que sean

necesarios. Ese informe, ese Libro Negro que vamos a publicar, va a poner no solamente los nombres y apellidos de los desaparecidos, sino los momentos, los días y horas en que fueron arrastrados de sus casas. Va a poner los testimonios más dolorosos y más ejemplificadores de los miles y miles que vamos a tener. Tal vez 10.000, tal vez 15.000, no sabemos. Vamos a poner esos testimonios para que sirvan de ejemplo a las generaciones venideras y finalmente, vamos a redactar no un simple informe sino un alegato por la libertad y por la dignidad del hombre. Una acusación que signifique una lápida para la tragedia que vivió durante estos años horribles mi país. Nosotros pretendemos, por lo menos lo pretendo yo y algunos miembros de la comisión, veremos después qué se hace, pretendemos que ese libro sea libro de lectura obligatoria en todos los cursos de educación moral y cívica de los colegios secundarios, incluyendo los colegios militares.

ELIGIO:

Usted ha dicho varias veces que la novela es una especie de conciencia de un país. Acaba de hablar de que va a hacer un informe. Yo le recordaría el "Informe sobre Ciegos". ¿Hasta qué punto ese informe que están preparando se parece un poco a aquel informe? ¿La explicación de esa vergüenza nacional a qué se debe?

Mira Eligio. La condición del hombre es terrible. En todos los países, en todas las épocas, si hay ocasiones propicias, se puede desatar esa potencia infernal del mal que se desató con toda furia en la república Argentina. Puede darse en cualquier país. Hace poco un periodista alemán me preguntó candorosamente, entre otras cosas, cómo era posible que un país que había alcanzado el grado de civilización de Argentina, su grado de cultura, un país ilustrado, podía haber producido semejante horror. Yo le dije: "señor, esto puede ocurrir en cualquier país. Ya ven ustedes los alemanes". El problema del mal es un problema que está en el fondo de todos nosotros. Todos nosotros somos propensos al mal. Las grandes filosofías, las grandes religiones, ordenan hacer el bien y amenazan con el infierno a los que violan esos mandamientos. Hasta tal punto nuestra tendencia natural es hacer el mal. Por eso la comunidad necesita una ley para impedir que el hombre, como decía Hobbes, sea el lobo del hombre. Tenemos que vivir en la comunidad que esté regida por la ley, para que los apetitos individuales terminen donde empiezan las libertades y los derechos de la comunidad.

El mal está latente siempre en todos nosotros. Y no se puede a veces evitar. Ese mal puede ser desatado por muchos motivos. En Alemania había por motivos el resentimiento del Tratado de Versalles, el revanchismo y una cantidad de cosas. Entre nosotros hubo motivos bastante concretos. En primer lugar la dictadura militar no fue solamente, "solamente" hay que decirlo entre siniestras comillas, no fue "solamente" la represión más bárbara. Y debo decir esto a propósito de la represión —después sigo con la idea que iba a desarrollar—. En Argentina hubo terrorismo. Pero ellos cambiaron el terrorismo, que produjo evidentemente crímenes que no debían haberse producido, reemplazaron o combatieron el terrorismo mediante el terrorismo de Estado, que es infinitamente peor porque cuenta con todo el tremendo poder de las Fuerzas Armadas y de seguridad y con la impunidad que daba el poder absoluto. Esta represión, sin embargo, se manifestaba en una caza de brujas.

Se dice, ellos dicen a menudo, que se combatió a los terroristas, y eso no es cierto. Lo acaba de decir con siniestra arrogancia un jefe militar hace muy poco en Argentina. Dijo: "si por cada cien personas que detuvimos —no agregó que secuestramos, que torturamos, que matamos—, ha habido cinco que fueron terroristas, está justificada la desaparición de las otras noventa y cinco". Las otras noventa y cinco, muchachos, significaban decenas de miles. Y en esas decenas de miles había chicos y chicas que formaban parte de lo mejor de la juventud argentina. Chicos idealistas, pero para ellos eran todos terribles terroristas. Un chico que había formado parte de un centro de estudiantes; chicas que trabajaban denodadamente, heroicamente, en las villas miserias. Alfabetizando, llevando asistencia social. Hubo curas, muchos, que sufrieron la misma situación. Todos ellos fueron arrasados. En un artículo que yo publiqué en 1978 en el diario *La Nación* de Buenos Aires a raíz de la censura —porque hubo otro jefe militar que fue gobernador de la provincia de Buenos Aires que dijo: "no solamente hay que liquidar a los terroristas. Hay que liquidar a sus cómplices, a sus familiares, a los que silencian —porque ellos los han silenciado— y finalmente a los hombres que han sido de alguna manera los ideólogos, por decirlo así, de la subversión". Ahora, ¿qué llamaban ideólogos de la subversión? Desde luego, yo era un ideólogo de la subversión. ¿Pero qué llamaban ideólo-

gos de la subversión? Se llegaron a hacer cosas inverosímiles. Todos eran sospechosos. En las cazas de brujas todo es sospechoso. Se llegó a prohibir *EL PRINCIPITO* de Saint Exupery. Se prohibieron miles de libros. La palabra "dialéctica" era una palabra maldita—. Entonces yo escribí ese artículo en *La Nación*, que está transcrito en mi libro *APOLOGIAS Y RECHAZOS*. Ustedes lo pueden leer. Hablé precisamente porque se acababa de prohibir un libro de Vargas Llosa y un libro de un ángel maravilloso que ya es muerto: Alvaro Yunque. Un viejo anarquista a quien yo veneré mucho cuando era estudiante, y que era un hombre se puede decir que fue un santo. No sé si existan el paraíso y el infierno, pero si existen Alvaro Yunque está en el paraíso. Ese hombre fue prohibido. Tenía noventa y tantos años. Sus relatos eran realmente angelicales, llenos de pureza, de deseos del bien, de deseos de libertad. Se prohibieron después libros filosóficos. Se prohibió, por ejemplo, *la Lógica Formal y Lógica Dialéctica* de Henry Lefebvre. Yo hablé entonces de esa prohibición en mi artículo. Decía: entonces si se prohíbe un libro de Lefebvre, por qué no prohíben también a Hegel puesto que de ahí sale todo esto de la dialéctica contemporánea. Y, si se prohíbe a Hegel que a su vez se forma sobre la base de Kant, hay que prohibir a Kant. Y, si se prohíbe a Kant, hay que prohibir a Leibniz que es otro peligroso subversivo, y así sucesivamente hasta llegar a la filosofía griega; porque finalmente siempre se llega a Platón, hay que liquidar a Platón y hay que liquidar a los presocráticos, a Heráclito cuya filosofía tiene mucho que ver con lo que llamamos actualmente la dialéctica. Y en esta hecatombe, ¿qué queda, qué les quedaba? Todo esto fue producido por nuestra dictadura. La censura del arte, la censura de la filosofía, la censura del cine. Había cosas que no se podían quemar; se quemaron muchos libros pero había cosas que no se podían quemar. Aunque hubo libros contra los que no se atrevieron. No solamente los libros míos; los libros de Cortázar estaban en todas las librerías de Buenos Aires. Es decir, que en nuestro país ni lo malo, y al decir nuestro país quiero decir toda América Latina. Creo que en nuestro continente ni lo malo es bueno. Todo es irregular. Es decir, cuando los alemanes producen el mal lo producen científicamente con barómetros, termómetros, estadísticas. Nosotros ni siquiera somos capaces de eso. Felizmente, felizmente. Si no, yo no estaría acá hablando con ustedes. Todo es irregular.

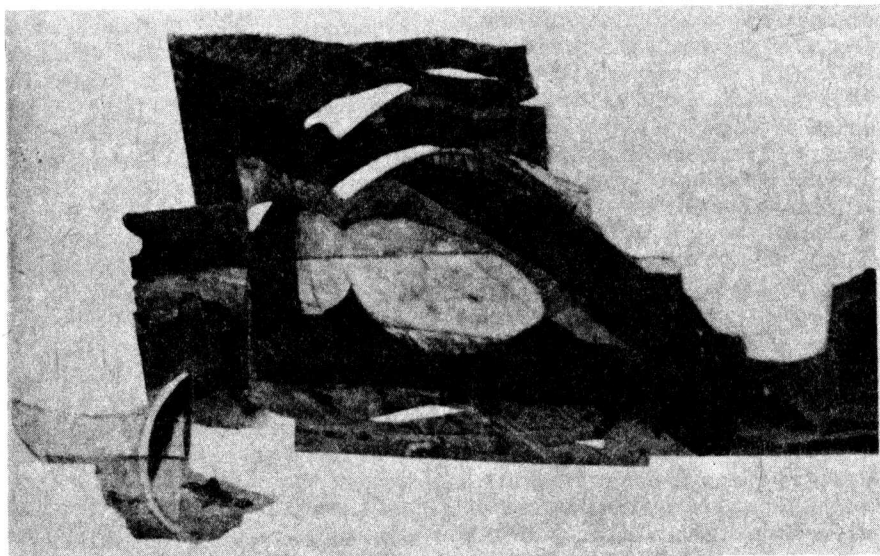
ROBERTO:

El problema que usted ha mencionado: el mal, nos coloca de alguna manera en la motivación profunda de la obra de Sábato. Algunos han creído ver en su obra una enorme metáfora del mal. El final de su última novela ABADDON EL EXTERMINADOR, son las puertas cerradas, la no salida. Frente a este mal, Sábato, algunos han creído ver en este terno personaje de HEROES Y TUMBAS que se llama Martín, una metafísica de la esperanza. ¿Podría eso conjurar el mal?

seminario durante un año, del profesor Payot, que tomaba el tema del descenso al infierno en LA DIVINA COMEDIA, en HEROES Y TUMBAS y EL INFORME SOBRE CIEGOS. No son libros agradables, no son libros alegres. Yo no soy una persona alegre. El humor mío, que mencionó Roberto hace un momento, él mismo lo ha dicho, es un humor negro. Hasta mi humor es negro. Está emparentado con el lado sombrío de la existencia humana que todos tenemos dentro. Eso no quiere decir que yo sea una persona absolutamente negra, como puede

tedes. Es un héroe que tiene mucho que ver con nosotros. Puede que uno discrepe con ideas, esto sí, esto no, no sé. Pero cuando veo tanto revolucionario de salón, yo me pongo de pie ante la sola mención del nombre de Ernesto Guevara. Ese hombre, en esa carta que yo menciono en un libro, esa carta final a los padres cuando dice que de nuevo ensilla a Rocinante, ..., ese hombre que sale a buscar la muerte en la selva inhóspita, enfermo al final y sin remedio para su asma, ese hombre que acosado, abandonado por mucha gente que no voy a mencionar pero que todos ustedes conocen, al frente de su pobrecito pelotón, en medio de la selva boliviana, ven avanzar sus compañeros un camión que lleva unos chanchos y ahí van unos soldaditos que cuidan y van dormidos, le dicen sus soldados: ¿tíramos?, y él les contesta no; ¿cómo vamos a tirar contra esos pobres soldaditos? Este es el hombre nuevo. Como yo digo en mi novela: Están narrándole a un muchacho que se llama Marcelo Carranza esta odisea trágica. Es un muchacho analfabeto que ha sido compañero de Guevara y está narrándole a Marcelo, como él no sabe de filosofía, él no sabe de estas cosas, se ha limitado a ser fiel a su comandante, le dice: ¿será eso Marcelo, lo del hombre nuevo? Y Marcelo que es un muchacho muy tímido que después torturan horrorosamente, le dice: sí, ese es el hombre nuevo. El hombre nuevo no es alguien que vuela inocente en un aeropuerto, o en un hotel. El hombre nuevo es un hombre como Guevara. No me importa si yo... he pasado una etapa... yo pasé... Bueno, no quiero hablar de esas cosas. No importan las discrepancias que pudimos tener sobre algunas ideas. Lo que importa es la actitud espiritual. Lo que importa es el hombre que abandona a su familia. Un muchacho de una familia aristocrática, la abandona para meterse, primero a cuidar leprosos en el Perú y después la trayectoria que todos ustedes conocen. Un hombre que finalmente resuelve morir en la selva y no en su sillón de ministro. Ese hombre a mí me impone muchísimo, muchachos. Esta clase de hombres es la que nos tiene que hacer pensar, en los momentos de mayor desesperación que, si bien el hombre es propenso al mal, hay muchos, los más excelsos, los más grandes, que pueden dar ejemplo de heroísmo, de sentido comunitario, de ayuda.

Eso es lo que Roberto recién ha mencionado como metafísica de la esperanza. Sí. Mis libros son sombríos. Mis libros no son, yo mismo lo siento, los he escrito con



Yolanda Espitia. "Composición" dibujo. Papel/desecho. 60 x 90 cms. 1985

Bueno, el hombre es un ser dual. Mis libros, mis novelas no las recomiendo porque no son agradables. Yo nunca hice de la lectura de mis libros un problema de amistad o enemistad. Un hermano que yo quise mucho, muerto ya, porque yo era el más chico de mi larga familia, era hombre cuando yo era un chico, se enojaba mucho además si yo no le mostraba un libro que acabara de escribir. Pero él se preciaba de no haber leído jamás un libro mío. Siempre lo dijo públicamente: "yo no he leído ningún libro de Ernesto". Yo nunca por eso lo rechacé, al contrario era el hermano que yo más he querido. No les recomiendo mis libros. Es una lectura desagradable, es una frecuentación del mal, es un descenso a los infiernos. Hay muchas exégesis sobre mi obra que precisamente se titulan así: "Descendimiento al infierno". Últimamente, en París, el año pasado, había un

ser Becket, por ejemplo. Yo no, yo soy una persona en el fondo esperanzada. Tengo una especie de desesperada esperanza siempre. El hombre es un ser dual. He dicho que el hombre es un ser propenso al mal, pero el hombre, la humanidad, ha producido al lado de siniestros personajes como Hitler, ha producido grandes santos. Ha producido hombres como Schweitzer que abandona toda su carrera brillante en Europa, como concertista, para dedicarse a curar leprosos en el Africa. El hombre está lleno de héroes. Como dijo Pascal, el hombre es un gusano pero también puede ser un héroe. Y dicho sea de paso, en esos libros sombríos, incluyendo ABADDON que es el más sombrío de todos, hay un homenaje a un ser humano al que yo rendí homenaje cuando lo mataron. Entonces yo estaba en Francia y hablé en la Universidad de París, como ahora aquí delante de us-

desgarramientos. No los he escrito con alegría. Cuando yo miro un escritor que escribe con alegría le tengo mucha envidia, en el buen sentido de la palabra. ¡Qué felices que son! Pero yo he escrito siempre desangrándome. Y este chico Martín, en HEROES Y TUMBAS es un pibe que, como tantos chicos, quizá como tantos de los que están aquí, buscaba el absoluto. Ese absoluto. Cuando nacemos no sabemos lo que es el mundo. Llega un momento, cuando somos adolescentes, en que empezamos a descubrir el mundo en su faz más trágica. Ya ni los padres son exactamente lo que nosotros creíamos cuando teníamos unos cuatro años. Eran los superhombres, los héroes, eran infalibles. Pero, de pronto, un chico ve que su padre se calla frente a un gobierno que está produciendo crímenes, ve que es cobarde o ve que tiene fallas muy serias desde el punto de vista espiritual y empieza a resquebrajarse su fe en el hombre y busca el absoluto. Ve ese mundo lleno de injusticia y de crueldad y busca acercarse a los movimientos que sean redentores. Estos muchachos empiezan a descubrir así la realidad y, en esta búsqueda, del absoluto, que implica la búsqueda del absoluto social también pero que va más allá, se preguntan sobre la necesidad de transformar el mundo pero no sólo de transformarlo sino de encontrar el héroe redentor. Este chico, acosado por el infortunio, finalmente se encierra en la pieza del hotel y hace una especie de desafío mental silencioso a Dios: que se presente. Si no se presenta él se va a matar. Este drama muchas veces acontece en el fondo del alma de un muchacho o de una chica. Sin embargo, este chico no se mata. Amanece, se asoma a la ventana de su hotelucho y ve un perro que escarba en un tarro de basuras, ve a una chica que va a su trabajo semejante a una sirvienta que le acaba de ayudar en su infortunio, recuerda a alguien analfabeto que lo ayudó en un rincón de Buenos Aires y, sin decir nada, agarra su bolsa marinera, se va del hotel y busca a un camionero que ha conocido para irse a la Patagonia. Eso es lo que Roberto ha llamado, y algunos exégetas, metafísica de la esperanza. En medio de las tinieblas surge siempre la esperanza. El hombre renace siempre. El hombre tiene una dualidad trágica. Es propenso al mal pero también busca el bien y, a veces, ansiosa y desesperadamente, busca la perfección. Por eso mis libros no creo que estén cerrados. No son agradables, son trágicos sin duda, pero siempre en esos libros creo que hay una pequeña ventana desde donde se atisba otro mundo. Ese mundo que ansiamos,

quizá, a veces, candorosamente. Un mundo de perfección.

ELIGIO:

Usted acaba de hablar de Martín. En cierta forma, ¿usted fue Martín? Es decir, ¿usted en un momento dado estuvo, no una sino muchas veces a punto del suicidio, de la desesperación total que lo llevó a escribir esos libros, a HEROES Y TUMBAS?

Bueno. Quién más quién menos alguna vez ha tenido la tentación del suicidio. Los chicos, los adolescentes se parecen a Martín. Son los tipos de seres humanos que buscan el absoluto y que sufren mucho la imperfección. Y estos chicos en crisis a menudo piensan en esa salida trágica que es el suicidio. Pero con los años uno termina por comprender que el suicidio es condenable. Las grandes filosofías, las grandes religiones, lo condenan y tienen razón. El suicidio no es una solución. El suicidio es un supremo acto de egoísmo. Siempre va a haber alguien que queda en el mundo y que va a sufrir por esa muerte. Aunque sea un perro. En ABADDON EL EXTERMINADOR el chico no se suicida porque hay un perro que está ladrando desesperadamente, porque ve que se va a tirar debajo de un tren. Nacho, en *Abaddon*, aunque insulta al perro, finalmente lo sigue y vuelve a su casa, al lugar donde viven. Es decir, que en un momento dado tenemos que pensar que vivir no es vivir en soledad. Vivir es convivir. Se vive CON los otros. Siempre va a haber alguien que va a sufrir con nuestra muerte. Por malos, por imperfectos que seamos, por fracasados que seamos, siempre va a haber alguien que va a sufrir los horrores de la soledad, los horrores de la muerte de alguien a quien ha querido. Por eso nunca se puede hacer eso. Ese es el supremo acto de egoísmo. Una de las tentaciones del mal que tenemos que superar, precisamente, mediante un acto de altruismo. Vivir es convivir, no existe la vida solitaria al estado absoluto. Hasta en nuestros sueños más delirantes, hasta en los delirios de los paranoicos, está presente la sociedad en que se vive. Así como los mitos, los animales míticos, estaban hechos de la combinación de cuerpo y león, o de las garras de un león y la cabeza de una mujer, es decir, con elementos de la realidad, así también los sueños, que son a menudo trágicos, que son terribles pesadillas, están constituidos por elementos de la realidad. Así también la locura. Así también las novelas. De manera que la vida es una vida en comunidad. Y el ideal supremo, el

ideal espiritual a que tenemos que atender y responder es el ideal de la vida en comunidad. Todos tenemos que sacrificar algo por la comunidad. Todos tenemos que abdicar de ciertas cosas por la comunidad en que vivimos, amamos y sufrimos.

ROBERTO:

No sé si usted lo sabe Sábado. Pero hay dos hechos extremos que suceden durante los años sesenta. Primero un hecho que llama la atención: todas las mujeres que vivieron esos años la vida universitaria querían que sus hijas se llamasen también Alejandra. Y nosotros cuando nos enamorábamos queríamos que las mujeres de las que nos enamorábamos se pareciesen a Alejandra y, por supuesto, mataran a su padre. Por el otro lado, un amigo de Eligio, que ya le habíamos referido, estudiante de matemáticas, tomó un galón de gasolina y se incineró sobre las murallas de Cartagena. Le dejó un libro a Eligio, un libro suyo de 1945 que se llama UNO Y EL UNIVERSO. Tenía una breve nota donde le decía a Eligio: "espero que este libro no te haya hecho a ti tanto daño como me hizo a mí".

Sí, ustedes me habían referido este hecho trágico. ¡Qué peligrosa es la literatura! La literatura es muy peligrosa, muchachos. Debo decir en mis descargos lo siguiente: En 1960, más o menos, todavía Guevara era ministro en Cuba, y yo le escribí una carta por diversos motivos. El me contestó una carta también hermosísima que figura en el libro de las recopilaciones de mis manuscritos. Yo había publicado ya UNO Y EL UNIVERSO y él era un muchacho todavía como ustedes. En esa época se leyó mucho ese libro. La carta comenzaba, antes de hablarme de política que era el tema esencial, me decía: "para mí y para mi generación tuvo mucha importancia UNO Y EL UNIVERSO. Fue un libro que yo tenía en mi cabecera para algún momento dado". Palabras más o menos. Yo no sé qué pudo haber afectado tanto a la sensibilidad de un muchacho que seguramente era poco más que un adolescente. Por eso dije que la literatura, y lo dije muy en serio, la literatura es terriblemente peligrosa. Debo decir también en mis descargos: aquí mismo, creo que en este auditorio hay alguien, que por supuesto no voy a nombrar, que me dijo esta mañana una cosa que me conmovió mucho. Yo le había dicho anoche que yo sabía por mucha gente que se me había acercado, que HEROES Y TUMBAS los había salvado del suicidio. Y esta mañana ese muchacho,

poco más que un adolescente, me dijo: "a mí este libro me salvó la vida". Este tipo de testimonios es el más grande homenaje que uno puede recibir cuando está condenado a ejecutar esta dolorosa experiencia que es la literatura. Que tantas dudas a mí me ha costado siempre. Cuántas veces me he preguntado yo, a veces pensando en mis propios hijos que iban a leer estos libros, me digo: "yo no quiero que los lean. No tienen edad todavía para leerlos". A veces se me acerca un chiquilín en la calle y me dice que ha leído EL TUNEL, y digo: "cómo has leído vos ese libro". Todavía yo siento temor de cosas que he escrito porque sentía el mandato interior de que tenía que decir lo que yo consideraba la verdad.

La verdad a menudo es horrible. La verdad a menudo puede ser espantosa. Puede estar vinculada con incesto, con crímenes, con locura, con suicidios. Pero creo que esa verdad horrible es precisamente lo que hace de la literatura un instrumento de salvación. Es exponiendo los grandes males, los males más profundos de la conciencia y de la inconsciencia, como el hombre se puede salvar. Los sueños suelen ser terribles, las pesadillas suelen ser espantosas pero por eso mismo son útiles. Está comprobado que al hombre al que se le impide soñar —se han hecho experimentos, siniestros experimentos en laboratorios de psicología impidiendo soñar— se lo puede llevar hasta el borde de la locura. Está comprobado que el hombre encuentra en esa especie de siniestra colección de calamidades, no sé en virtud de qué mecanismo oscuro que yo nunca he podido averiguar, encuentra lo que Aristóteles llamaba la catarsis. Son como grandes vómitos que nos sacan desde el fondo de nuestra alma las peores cosas que tenemos. Así como los vómitos físicos son liberadores, estos vómitos del espíritu parece que son verdaderamente salvadores. Cuando nos enfrentamos con las últimas cosas de nuestro infierno es posible cuando podremos entregarnos a las potencias del bien. Pero es peligroso todo esto. Son como armas mortíferas que a veces no se pueden poner en manos de un chico que no tiene edad suficiente. No se puede leer cualquier cosa. Por eso la censura la practicamos todos, en el sentido bueno de la palabra. Un padre no quiere que un chico lea a la edad de diez años un libro espantoso. Para él pueden ser las obras del Marqués de Sade. Todos tenemos que hacer, todos hacemos censura. Y a veces yo me siento tremendamente responsable cuando veo a un chico por la calle que lleva un libro mío

que no corresponde a lo que yo considero que es su edad. Siendo que no está preparado para ese viaje todavía. Así, que es probable que este muchacho que me recuerda ahora Roberto, vaya a saber qué resortes secretos yo le toqué a este pobre muchacho.

¡Qué cosa tan extraña! Yo tengo en mi casa un libro en francés, de un francés que se llama Pierre Goldman, titulado MEMORIAS DE UN JUDIO POLACO, o algo así. Yo no sabía quién era Goldman. Un día llego a París y me dicen: "el libro de Goldman habla de usted". Yo no sabía quién era Goldman. Había habido un gran escándalo con su asesinato. El había estado incluso en Venezuela, no sé en qué guerrilla o en qué cosa había andado. Era un hombre muy extraño que finalmente fue preso por la policía de París. Estuvo dos o tres años y hubo un movimiento encabezado por Sartre para su liberación. Yo no sabía nada. Había visto tal vez la noticia pero era de las tantas noticias que uno lee sin saber que tenía de alguna manera vínculos conmigo este hombre. Hay un fragmento en las memorias de este hombre francés que dice que durante su estadía en la cárcel el libro que más lo había fascinado era HEROES Y TUMBAS y particularmente el "Informe sobre Ciegos". A este hombre lo liberaron finalmente pero fue asesinado a puñaladas en una calle oscura de París. Uno nunca sabe qué resorte puede desatar algo que uno escribe diciendo verdades. Por eso dije antes, con profunda preocupación, que la literatura es un arma muy terrible. Y por eso yo le digo a los muchachos que comienzan a escribir: "muchachos ustedes tienen un arma terrible en sus manos. Tengan en cuenta que tienen un arma terrible y además, tengan en cuenta también que van a necesitar mucho coraje, que tienen que descender hasta el fondo del mal, al fondo de la naturaleza y de la condición del hombre y que no tienen que arredrarse, no tienen que retroceder y que tienen que dar su verdad. Cada uno de nosotros da una parte de esa Verdad Suprema que hay que escribirla con la "V" mayúscula. Pero esta es la misión última del escritor de ficciones que no es la del escritor de ensayos. El ensayista escribe con su cabeza, con razones. Un ensayo se escribe con razones, con silogismos. Una novela se escribe no con la cabeza, se escribe con todo el cuerpo: con el hígado, con el estómago y sobre todo, con esa víscera simbólica que se llama corazón. Decía Dostoievsky que el hombre era disputado por Dios y el demonio y que el territorio de su combate

era el corazón del hombre. Allí tiene lugar ese combate mortal entre el bien y el mal. Ahí, en el corazón se alberga aquello que Pascal llamaba "les raisons du coeur" (las razones del corazón), que no son las de la cabeza. Son razones oscuras. Por eso los que creen que la razón maneja al mundo parece que están ciegos. Si vemos las catástrofes que produce el hombre, las dictaduras, los campos de concentración, las guerras, los odios, ¿de qué razón me están hablando? Son las razones del corazón las que dominan. Esa las investiga el escritor de ficciones. Esa es su única misión. Digo única casi con una ironía trágica porque esta triste misión es una misión muy espantosa y muy dura de llevar a cabo. Exige una gran valentía".

ELIGIO:

Usted ha escrito una obra de ficción y una obra de ensayo. Con Roberto nos pusimos a medir cuantitativamente y da más de ensayo que de ficción. Usted que ama tanto la ficción por encima del ensayo, ¿cómo explica eso?

Te lo voy a explicar Eligio, en dos palabras —a lo mejor son más que dos—. Yo no experimento problemas con los ensayos. Problemas de angustia, problemas, con el perdón de la palabra, existenciales. Los experimento con las novelas porque digo lo duro que es estar investigando los últimos reductos de la condición del hombre. Es una investigación trágica y siniestra. Es muy dolorosa. Yo por lo menos no la soporto. Además, porque siempre me parecen precarias esas ficciones. Yo he publicado en toda mi vida nada más que tres novelas y habré escrito el equivalente de diez. Todas las otras han sido quemadas y no solamente destruidas. Quemadas. Hasta tal punto el fuego está vinculado con esa especie de acto de purificación que uno instintivamente siente. Han sido quemadas. Y de las tres que di finalmente a la luz, como se dice, HEROES Y TUMBAS estuvo al punto de ser quemada. No lo hice finalmente, porque mi mujer se enfermó por mi decisión y entonces yo por amor a ella no la quemé. Siempre dudaba de mis ficciones. Siempre me preguntaba "para qué diablos escribo, qué diablos significa esto, cuál es su valor, cuáles son sus peligros". Por eso también le digo a los muchachos que escriben —debe haber muchos acá—, "muchachos en la ficción hay que obedecer únicamente al instinto. Si en un momento dado un personaje puede tomar para este lado y la razón me indica que tiene que tomar para este otro, en una actitud,

por ejemplo, en un amor, en un suicidio; y el instinto me dice que tengo que tomar para otro lado, les digo, no obedezcan jamás a la razón, obedezcan al instinto y a la intuición y no se van a equivocar nunca". Por eso, luego uno despierta de esas pesadillas que uno escribe y la razón le dice: "pero bueno, qué horror, esto no puede ser posible, ¿por qué hizo esto?". Hay que aceptarlo. Y hay que aceptarlo con una especie de inocencia y con una especie de humildad. Pero el peligro de la razón es que quiere destruir todo aquel material terrible pero precioso que ha ascendido hasta nuestra conciencia desde el fondo de nuestra condición humana.

ROBERTO:

Por lo que le hemos escuchado, Sábado, y ya sabemos, a usted de alguna manera lo inscriben en esa raza de escritores malditos, por llamarlos de alguna manera. Seres atormentados que sufren con el testimonio de su tiempo, con el testimonio del universo. Yo ahora voy a recordar algo que a usted no le gusta que recuerden porque la gente empieza a llamarlo "doctor Sábado". (En Colombia le dicen Doctor a todo el mundo). Se trata de que usted era un físico importante. Que usted, después de una larga y rica militancia universitaria, se va a colaborar en proyectos de investigación en el laboratorio Curie de Francia. ¿Qué explica, Sábado, que usted teniendo ese mundo casi perfecto de la ciencia le dé una patada, lo mande lejos, e ingrese a este tormento que, nos dice, es la literatura?

Ayer estos muchachos que conocí hace 15 años en Colombia, estos dos que tengo a mi lado, me chocaba que yo los tuteo y ellos me tratan de usted. Debo tener algo respetable y eso me hace temblar, porque a menudo las personas llamadas respetables no lo son tanto. Yo cuando quiero a los muchachos me gusta que me tuteen. No lo he logrado, todavía ven que me dice "usted, Sábado". Bueno Roberto. Esto que me dice, él sabe cuáles son las razones, no es que me pregunte a mí porque él no lo sepa. Pero lo hace en nombre de ustedes, para todos aquellos que se pueden preguntar cuál es la raíz de este fenómeno tan misterioso: Que yo, ya estando trabajando en el laboratorio Curie de Francia, un día le haya dado, como él dice, una patada a la ciencia y haya obedecido a mi primera vocación que era la literatura. Yo voy a explicar en dos palabras esto también. Les voy a decir de paso, y esto es bueno para ustedes, que las vocaciones suelen manifestarse verdaderamente, cuando uno ha alcanzado

cierta edad. Yo soy enemigo por eso de esos liceos o colegios secundarios donde se dividen ciencias y humanidades. No sabemos. Yo recién ahora empiezo a saber lo que quiero y ya es tarde. Le decía hoy a unos amigos que la vida es tan complicada, es tan duro, tan difícil el oficio de vivir que cuando uno empieza a aprender ese oficio, ya hay que morir. Yo empiezo a aprender el oficio de vivir hace años, no ahora. Soy una persona más buena que antes realmente. Las novelas me descargaron a mí de muchas cosas, de mucha furia que yo tenía. Yo era un tipo insoportable. Uno no puede pasar por la existencia sin querer matar a dos o tres personas que uno conoce. Y esas muertes, esos suicidios, ... He ahí al chico Nacho de mi novela que me ha puesto en una pared con un cartelito, hablando de Camus y de otros escritores siendo estos canallas, y me incluye a mí. Una especie de masoquismo que tengo yo. Y este Nacho, a propósito del oficio de vivir... ya me olvidé de lo que iba a decir... Bueno, le voy a contestar de todas maneras la pregunta que me ha hecho. Me desvíe un poco y ya me olvidé de lo que iba a decir. Quizá me salga después. Lo que me preguntaba Roberto es por qué y cómo alguien que ya ha estudiado las matemáticas y la física superior, un día les puede dar un puntapié. Yo no sé cuáles son todos los motivos...

Ah, estaba hablando de la vocación, sí... Por qué la vocación, sí... Por qué la vocación de pronto se manifiesta tan tardíamente, y que no hay que precipitarse en elegir carreras. En todo caso, elegir una carrera cualquiera de esas que no comprometen a nadie, por ejemplo, ser abogado, después se es cualquier cosa. Se puede ser poeta después, se puede ser funcionario del gobierno, bueno. Pero cuando uno se mete en la física y en la matemática, es otra cosa. Parece un acto de indecencia abandonar la física para ponerse a escribir novelas. Y les voy a decir que fue tan grave el pasaje de la ciencia a la literatura, que duró varios años; que yo me enfermé, estuve muy seriamente enfermo —todas mis enfermedades, por otra parte, vienen de mi sistema nervioso—. Yo estaba muy mal del sistema nervioso. Ese pasaje me costó muchos dolores. Mis maestros, mis profesores que tenían, como se dice, puestas muchas esperanzas en mí. Esas esperanzas de los hombres de ciencia que consisten en esperar que un día uno pueda fabricar la bomba atómica. Porque les voy a decir muchachos, que ese fue uno de los motivos. Yo estaba en París cuando se produjo la ruptura del átomo de uranio y

asistí al frenesí de los físicos, algunos varios premios Nobel que no voy a nombrar, por disputarse ese descubrimiento. Esos hombres que hablan de la grandeza de los hombres de la ciencia. Estos, como los llaman, benefactores de la humanidad, que a veces consiste en haber liquidado 200.000 seres humanos inocentes en Hiroshima. Estos benefactores de la humanidad se disputaban el dudoso prestigio de haber descubierto, de haber desatado la energía atómica.

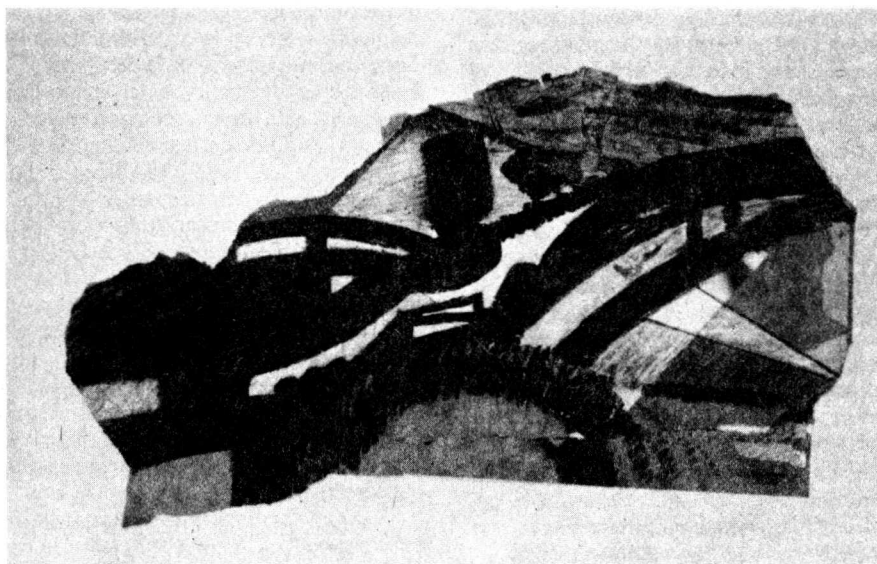
En ABADDON yo hablo de ese problema en aquel momento de mi vida. Y hay escenas que son más bien sobrenaturales. No son naturalismo. Yo aparezco en escenas sobrenaturales donde está el drama del hombre que en la oscuridad de su laboratorio está viendo, en la oscuridad, las irradiaciones del actinio o del uranio. Esa especie de... en ese microcosmos del átomo, esos estallidos que son como la premonición de los grandes estallidos atómicos que iban a venir después y premonición de lo que desatarán en el planeta entero. Eso se lo debemos a los físicos. Hubo físicos que produjeron la bomba atómica, que fueron valores espirituales grandes. Por ejemplo Oppenheimer, un gran matemático norteamericano que abandonó la física para siempre y se dedicó a la música. El profesor Shillard, que dejó la física porque, dijo, "es una ciencia de la muerte" para dedicarse a la biología porque, "es una ciencia de la vida". Y así otros. Einstein murió renegando de su teoría que, en fin de cuentas, fue la base de la energía atómica. En mí también hubo algo de eso. Yo veía de cerca a los hombres de ciencia. Yo ingresé a las matemáticas siendo un adolescente, complicado, lleno de tinieblas, moviéndome en la oscuridad de mi conciencia totalmente desamparada, y encontré un profesor de matemáticas maravilloso en el Colegio Nacional. Yo era un muchacho de campo, de un pueblo de la provincia de Buenos Aires. Estaba solo en la ciudad de La Plata, y de pronto me deslumbró la demostración de un teorema. Me hizo acceder a ese mundo maravilloso de los objetos matemáticos, ese mundo platónico donde reinan el silencio y la perfección, donde no hay ninguno de los males, de estos males terrestres a los que me referí antes y que llenan de amargura a los adolescentes. Ese mundo inmóvil, petrificado, esa especie de museo del silencio que es el mundo platónico de los objetos matemáticos. Eso me subyugó por muchos años.

Pero yo seguí escribiendo y cuando ingresé y estuve en el laboratorio Curie traba-

jando en la energía atómica, yo estaba escribiendo una novela. La primera novela, que nunca publiqué. Se llamaba LA FUENTE MUDA, tomado el título de un verso de Antonio Machado. Yo hacía eso a escondidas. Solamente lo sabía mi mujer. Además, yo de noche frecuentaba ya con el ánimo de que la ciencia no era mi camino, ya allá me di cuenta de que la ciencia no era mi camino, ya allá me di cuenta de que ese mundo platónico era una evasión del mundo real y estaba ya deseando volver a este mundo de los hombres. De día trabajaba en el laboratorio

chos de ellos, de mi primer libro UNO Y EL UNIVESO. Empecé a publicar en *La Nación* y en la revista *Sur*. Fue don Pedro Henríquez Ureña quien me descubrió y me hizo publicar en *Sur* mi primer ensayo. Ese sí lo publiqué. Pero no me animé durante varios años a publicar una novela. Cuando al fin publiqué EL TUNEL, ya fue el escándalo. Entonces yo me convertí en una especie de leproso: denunciado de verdad por los hombres de ciencia, como una especie de tráfuga, como una especie de traidor. Me costó muchísimo eso.

animan a esa aventura de publicarle un libro. No puedo entonces probar que no necesito dinero. Mi primera novela, EL TUNEL —quién se atrevía a creer que un matemático podría escribir una novela—, este libro fue rechazado por las editoriales argentinas. Digo esto porque muchos muchachos acá van a ser rechazados un día por las editoriales, pero no se preocupen, muchachos, tengan fe y perduren. A mí me rechazaron todas las editoriales argentinas. Pero no me rechazaron así no más, me rechazaron con valor, con entusiasmo, con energía. Había un famoso Lector —se llama Lector a un personaje generalmente siniestro, aunque hay veces que son honrados y maravillosos, un personaje siniestro que es como el censor de la editorial y que lee y dice, esto sí, esto no—. Había en la editorial Losada un lector que se llamaba Guillermo de Torre, cuñado de Borges. —Borges dijo una vez de él, ya en la época de su ceguera, “nos llevamos muy bien con Guillermo (él era sordo), porque él no me puede oír y yo no lo puedo ver”—. Me permito decir todo esto porque yo sufrí muchísimo por su causa. Recuerdo una vez que Matilde volvía de la Editorial Suramericana, yo estaba en un café esperándola ansiosamente, y vi que sus ojos estaban llenos de lágrimas. Yo sufrí mucho por esto. Guillermo de Torre rechazó mi libro con palabras muy despectivas. Y ahora, ese libro lleva un millón 200 ó 300 mil ejemplares. No fue la única saña de De Torre: rechazó también CIEN AÑOS DE SOLEDAD, una obra tan asombrosa.



Yolanda Espitia. Dibujo sobre papel de desecho. 1985.

Esta es historia que también la digo con fines de educación y aliento. Muchas veces los chicos se me acercan y yo les llevo sus libros a las editoriales y doy palabras de recomendación. Pero es muy duro, es muy duro atravesar ese muro. A veces se logra atravesar, otras veces no. Pero le digo a los muchachos que no se desanimen nunca demasiado porque es una prueba de fuego que tiene un escritor, un artista joven. Es bueno, en cierto modo, es bueno que suceda así. Es bueno que se ponga a prueba no solamente el talento sino el coraje y la decisión del hombre, del chico, que sabe que tiene un destino y que lo tiene que cumplir. Los débiles sucumben en el camino y así tiene que ser.

Curie y de noche salía a reunirme con los surrealistas. Ahí fue cuando me vinculé con los surrealistas, con Oscar Domínguez, escritor español, y con el propio Breton. Lo que yo no podía llegar a confesar al otro día en el laboratorio era por qué llegaba cansado a la mañana siguiente. Era como una buena ama de casa que de noche ejerciera la prostitución. Y así, en medio de muchos dolores y de muchas dudas y de muchas preocupaciones, empecé a escribir mis primeras novelas. Llegué a La Plata de vuelta, y enseñé física teórica en la universidad durante unos años. Empecé también a publicar mis ensayos, porque los ensayos para mis profesores de física, que veían con horror que yo me alejara de la ciencia, como un traidor me veían, los ensayos eran honrosos. Ensayos de los cuales forman parte, mu-

Me dolió profundamente también ese momento de mi vida, porque los editores... Los editores son como los bancos —aquí hay un editor que es amigo mío y es un excelente tipo, por supuesto, que no es el dueño de la editorial—. Los editores, aun siendo buenas personas, son hombres de negocios y comparten con los bancos una cosa muy curiosa. El banco es una institución paradójica que presta dinero a la persona que puede comprobar fehacientemente que no necesita dinero. Los editores editan libros a las personas que no necesitan editores. A mí me ruegan, a veces de rodillas. Saben que tengo un libro o una novela en un cajón que no quiero publicar y yo digo que no, por las mismas dudas que he tenido en otras ocasiones. Los editores, cuando uno es desconocido, y yo era un desconocido, no se